

XI.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO ROSAS"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

La doble noticia de la muerte de Laura y la prisión de Pedro de Morlain produjo honda sensación en el París elegante, en el círculo que forman las gentes *comm'il faut*, pobladoras de la avenida del *Bois de Boulogne* y la calle Drout.

Pocos había que personalmente ó de vista no conociesen á un buen mozo, asiduo de las carreras de caballos, de las primeras representaciones de los teatros y del *Círculo Mirlitón*, en el cual tallaba de vez en cuando al *baccarat* con banca abierta. Las muje-

res de primera línea, de cuyo trato era muy amante, le tenían por un caballero cumplidísimo, de excelente conversación y galantería exquisita. Las de vida alegre y aun airada celebraban su esplendor. Sus colegas del Casino le consideraban como un buen muchacho, doblemente apreciable por su liberalidad y galantería. Todas y todos, en fin, hacían honor á sus cualidades apreciables.

En cuanto á Laura Vivian, su muerte hizo recordar los triunfos obtenidos en el Odeón tres años antes, cuando todo hacía creer en su porvenir envidiable, y de pronto se eclipsó de la escena para no reaparecer ya. Por aquel entonces hubo muchos curiosos de saber la razón de tan súbita retirada, y pronto se esparció el rumor de que la tráfuga había obedecido al deseo de un hombre amado — Pedro de Morlain — y amante á su vez hasta no poder tolerar que un público entusiasta aclamara á la actriz de moda sobre el palco escénico; que vivía con y para él, hasta el punto de haber roto todas sus antiguas relaciones; y seguramente todos la olvidaran sin el recuerdo evocado de vez en cuando por los periódicos,

res de primera línea, de cuyo trato era muy amante, le tenían por un caballero cumplidísimo, de excelente conversación y galantería exquisita. Las de vida alegre y aun airada celebraban su esplendor. Sus colegas del Casino le consideraban como un buen muchacho, doblemente apreciable por su liberalidad y galantería. Todas y todos, en fin, hacían honor á sus cualidades apreciables.

Las seis de la tarde serían cuando la noticia del asesinato y la detención del presunto reo llegó al Círculo de la Plaza Vendôme.

Esta última causó verdadera extrañeza; á todos interesaba, por tratarse de un compañero estimadísimo, y fué motivo de todas las consideraciones. En uno de los gabinetes, varios socios, los amigos de Pedro, comentaban los hechos, y sostenían animado diálogo:

— ¡Pero Vds. han leído!.... (decía uno de ellos.) ¡Morlain preso y acusado de asesinato!.... ¡Y la pobre Laura!.... ¡Infeliz!.... ¡El día último que salió á la escena estaba yo en el teatro!.... ¡Qué ovación obtuvo! ¿Se acuerdan Vds.? Pero, ¿por qué la puede haber asesinado nuestro amigo?

— Yo, por mi parte, lo hallo tan ilógico, que firmemente creo que se trata de uno de tantos errores como comete la justicia humana.

— Cuidado con eso (objetó un magis-

trado que dejó la carrera hacía poco tiempo para vivir de sus rentas, sin más ocupación que divertirse). Poco á poco, señores. Puede muy bien tratarse de un homicidio, y no de un asesinato, en cuyo caso no hay error por parte del Juez. ¿Quién nos dice que, de resultas de una escena violenta, una de esas escenas tan frecuentes entre amantes, no resultó una ceguera de nuestro amigo, y de esto la muerte de su querida? Para que fuera asesino, necesitaba premeditar el homicidio... así lo determina el art. 296 del Código penal.

—Cuestión de palabras....

—Y de pena. Vea V. si hay diferencia entre el patíbulo y los trabajos forzados á perpetuidad ó la reclusión temporal, y establezca otra igual entre asesinato y homicidio.

—¿Considera V., pues, posible que Morlain haya cometido un asesinato?

—Creo que debe haber grandes presunciones en contra suya, cuando el Juez dictó tan pronto el auto de encarcelamiento.

—Pues yo difiero del juicio que V. forma de Morlain, porque le conozco bien, y sé que Laura no era para él objeto de una

pasión tan grande, que fuera capaz de cegarle hasta la locura. Podría ser que estuviera cansado ya de ella, y en tal caso, entiendo que la hubiese abandonado, y nada más. ¡Es tan fácil hacerlo!....

—¡Fácil!.... ¡Qué pronto se dice eso.... y qué mal se hace! (exclamó un pintor con acento de convicción.) No se desembaraza uno así tan fácilmente como parece de una mujer que se empeña en no ser abandonada. Y si no, ahí está X.... Cuando quiso romper con... después de tres ó cuatro meses de amores, todos sabemos los apuros que pasó hasta lograrlo, y cómo lo consiguió. Recibiendo un par de balazos en la espalda: ¡poca cosa que digamos!.... Morlain puede que se haya visto en igual caso, y, más prudente ó menos confiado, tomó la delantera....

—¡Qué disparate! ¡En esos lances, se huye, pero no se mata!....

—¡Oh! Tratándose sólo de morir.... no diré que los pies no sean preferibles á las manos. Pero, ¿y el vitriolo? V. no cuenta con ese producto químico que corroe la piel, destruye las narices, abrasa los ojos y le deja á uno la cara llena de costurones,

después de hacer sufrir horriblemente. Las mujeres lo han tomado de moda.... y ¡cuidado con ellas! La que más y la que menos, tiene su correspondiente frasco en el tocador, como si fuera de agua de Lubin, y en un segundo.... ¡pif!.... ¡paf!.... cádate hecho un mamarracho.

— De modo que V. opina que Morlain, por miedo al vitriolo....

— Yo no opino nada. Nos dicen que ha matado á su querida, pero no nos cuentan el por qué; y yo encuentro varios excelentes motivos para disculparle.

— ¿Y los celos? ¿Qué me dicen Vds. de eso?— objetó otro de aquellos desocupados.

— ¡Los celos! Hombre, calle V. por Dios. ¡Morlain celoso! V. no le conoce. Es de piedra el tal del hombre. ¿No le ha visto V. jugar? Ni que pierda ni que gane, está frío, impassible como una estatua.

— Y sobre todo, señores (interrumpió el barón de Z....): ¿será realmente culpable? ¿Está confeso?

— No; no lo es. Estoy seguro, — afirmó entrando en el gabinete un joven pálido, poeta y periodista, muy querido entre sus amigos.

— ¿Cómo lo sabe V.? — preguntaron varios.

— Vengo de la redacción, y uno de nuestros noticieros nos trajo detalles preciosos sobre el asunto.

— Cuéntenos V....

— Morlain afirma no haber estado desde hace tres días en casa de Laura; pero desgraciadamente otros testigos aseguran haberle visto entrar y salir.

— Pueden engañarse.

— Y se engañan sin duda.

— Entonces (dijo Z....), que pruebe la coartada, diciendo dónde estaba y lo que hacía á la hora en que ocurrió el crimen. Si de mí se tratara, fácil me sería demostrar el error de la acusación, probando que de diez á doce de la noche estaba en casa de....

— *De ella....* Ya lo sabemos. No tienes necesidad de continuar. Pero si en vez de estar en casa de *esa* (la que todos conocemos), hubieras pasado la noche en la de una señora de la buena sociedad á la cual pudieras perder con tus declaraciones.... supongo que no la nombrarías.

— ¡Ah, querido! Si no tenía más reme-

dio que hacerlo para evitar que me encerraran.... Hazte cargo de la gravedad del caso. Pasar el resto de mi vida allá en Nueva Caledonia; trabajar la tierra con estas manos que me cuido con tanto esmero, y aguantar aquel sol abrasador, comiendo á todas horas judías y patatas, es un poco fuerte.... No hay mujer que lo merezca.

— Es cuestión de opiniones. Yo, por mí, te aseguro que, á pesar de esa pavorosa perspectiva, no soltaría una frase que pudiese comprometer á una señora que me había honrado con su confianza al entregarme su honra. Esperaría á que ella hablase, y con su declaración probara mi inocencia.

— ¿Y si no hablaba y te dejaba en las astas del toro?

— Sería una miserable....

— ¡Oh! Según y cómo. Hay circunstancias en las cuales....

— Señores, que nos apartamos del asunto de la conversación. Están Vds. haciendo una novela....

— No lo creo yo así (interrumpió el conde de N., socio respetabilísimo y de todos respetado). Casi, casi, me atrevería á

sostener que no anda muy descaminado el que suponga que una mujer del gran mundo entretuvo ayer á Morlain.... Tengo mis sospechas, y.... si Vds. refrescan un poco la memoria, convendrán conmigo en que su conducta, de algún tiempo á esta parte, era muy extraña. Huía de nuestra sociedad, nos tenía abandonados. Hace pocos días le ví en la calle de.... (el nombre de la calle poco importa), y como no pudo rehuir encontrarme, me saludó. Pero apenas contestaba á mis preguntas; una broma insignificante le hizo ruborizarse y balbucear excusas inútiles.... Yo le observé esta última temporada, porque le quiero, y me interesaba saber la razón de su cambio de carácter. Parecía vivir fuera de nuestro planeta. Estaba como encantado; como los enamorados que viven en el quinto cielo.

— Entonces no es homicida. Un hombre feliz no mata á nadie.

— Pero, hombre, ¿qué empeño en hablar de si la mató ó no? Para mí es incuestionable esto. Estoy cierto, certísimo, de que ayer estaba junto á una mujer cuyo nombre callo porque no debo pronunciarlo (mucho más cuando sólo tengo presunciones

en que fundarme), y, por consiguiente, no pudo matar á la otra. Ahora, lo que sucede es que, como hombre de entereza, y muy exagerado en cuestiones de honor, antes se dejará hacer trizas que soltar una palabra que pueda comprometer á... á la que yo me figuro.

—Entonces, ¿dónde está el asesino? Porque es indudable que alguien mató á la pobre Laura....

—Ya lo encontrará la policía. Pierda V. cuidado.

—Perdone V., amigo mío (rectificó el magistrado). Eso sí que no. Como desde el principio no se tome la pista verdadera de un criminal.... mal negocio.

Dieron las siete. El *maitre d'hotel* apareció en la puerta, y dijo:

—Cuando los señores gusten. La sopa está servida.

¡Y la conversación dió fin al oír los sostenedores de ella las palabras sacramentales del *maitre d'hotel*!....

XII.

Todos los socios que acostumbraban comer en el Casino se reunieron en el comedor. Los que preferían el *restaurant* ó la propia casa, abandonaron el Círculo, y entre todos éstos, uno solo llevaba impresos en el alma los menores detalles sobre el asunto que ocupaba la curiosidad del París novelero. No había intervenido en las discusiones suscitadas por el asunto Morlain. Se había limitado á escuchar, á recoger con avidez, con ansia, las opiniones de todos, y al abandonar el Mirlitón, las revol-

vía en la memoria y las clasificaba con toda la tranquilidad posible, para formar un criterio exacto.

Andaba de prisa en dirección al boulevard Malesherbes, distraído, absorto en sus pensamientos. Al atravesar la plaza del teatro de la Ópera, cruzó por delante de él la elegante berlina de una de las *horizontales* más de moda, que no pudo evitar un movimiento de sorpresa al verle. Se asomó á la ventanilla, le contempló un instante, y exclamó, dirigiéndose á una amiga que la acompañaba:

—¡Qué hombre tan hermoso! Debía prohibirse á los hombres que fueran tan guapos. Este es capaz de avergonzarnos á cualquiera de nosotras.

Y no exageraba. Jorge Fontaine era efectivamente un hombre digno de llamar la atención en cualquier parte, si á su belleza personal se añade su talento de pintor ya célebre, á pesar de tener sólo treinta años.

Era alto, pero sin exceso; su cabeza hermosa estaba sostenida por un cuello grueso pero esbelto, y se ostentaba con elegancia sobre los hombros anchos y bien

delineados y el pecho saliente y robusto como el de un atleta. Su ancha frente, su cabello negro, espeso y cortado casi al rape, su nariz griega cuyas alas desenvueltas daban al semblante una franca y noble expresión, su bigote del color del pelo, fino y poblado, pero dejando ver la boca fresca y una dentadura blanquísima, formaban un conjunto verdaderamente admirable por su hermosura varonil, sin una dureza, sin una imperfección, pero sin un detalle afeminado tampoco. Añádase á esto unos ojos azules muy oscuros, de dulce mirar, tanto más bellos cuanto los embellecía el contraste con el color oscuro de los cabellos, el bigote y las cejas; un todo admirablemente modelado: los pies pequeños, las manos largas y delicadas y su traje oscuro, sin pretensiones de elegancia, pero dentro de lo más moderno, y se tendrá perfecta idea de la figura arrogante de Jorge Fontaine. Su presencia representaba un triunfo seguro cuando se exhibía delante de las personas que rinden culto á la forma, y era bien justo.

Pero al decir *triunfo* nos referimos sólo al ya citado; conquistar no sabía; *conquis-*

tas, nunca las hizo Jorge, porque no se ocupó de las que así se llaman en lenguaje de gente alegre y aficionada al bello sexo. Al menos nadie sabía de ninguna, y acaso él mismo las desconocía. Conquistó lauros de artista, ganó en buena lid nombre y dinero, y estas fueron sus únicas conquistas.

Pero ¡á costa de cuántas penalidades para ponerse en camino de lograrlas! Nació en la isla Bourbon; á los veinte años quedó huérfano, y siguiendo los consejos de un amigo, oficial de la armada, que, en las horas que el servicio le dejaba libres en sus largas navegaciones, se dedicaba á pintar, se trasladó á Francia para perfeccionarse en el dibujo, que ya conocía más que regularmente. Pero, en tanto que la gloria y el dinero soñados llegaban, era menester vivir, y sostener y educar á una hermana de doce años, que sólo á él le tenía en el mundo, y que al morir la que á los dos les dió la vida, le fué recomendada con el ardor de una madre que encarga á un hijo, fuerte de suyo y hombre ya, á una pobre niña, desvalida y sin más recurso que el del ajeno interés, una vez muerta

la que la Naturaleza constituyó en amante protectora.

Luchó mucho tiempo con la fe del que lleva en el alma el sentimiento del arte y la esperanza del artista. Por el día trabajaba sin cesar, y causaba la admiración de Gerome, en cuyo estudio logró ser admitido. Por las noches, á la luz de una lámpara, pintaba cuadritos pequeños, y con su importe, sin firmarlos, porque repugnaba á su amor propio el *oficio* tanto como le atraía el sacerdocio artístico, subvenía á las necesidades suyas y de su hermana.

Tres años duró aquella horrible campaña; aquella peregrinación en pos de un ideal, á través de un desierto erizado de espinas.

Al cabo el trabajo material abatió el organismo; el desaliento sumió al espíritu en amargo desconsuelo, y ya no bastaban á reanimarle las excitaciones del maestro y las de sus condiscípulos, que le aseguran un bello porvenir, si aún perseveraba algún tiempo en sus estudios. ¡Sus estudios, que, eternizándose, le habían agotado las fuerzas! ¡Un bello porvenir! ¡Cuándo llegaría? ¡Después de muerto?

Un día el tratante que adquiría de ordinario los cuadros de Jorge, regateaba el precio infimo de uno. El artista estaba desesperado. Necesitaba dinero, y vendía su trabajo muy barato; pero aquella vez se le ofreció tan poco, que apenas alcanzaba para sacarle de su apuro. Iba ya á retirarse, cuando un desconocido entró en la tienda, se fijó en el cuadro, y dijo al joven pintor:

—Caballero, esta obra me gusta, y si me la quiere V. ceder, le doy por ella veinticinco luises.

Era el doble de la cifra pedida por el artista, y regateada por el corredor.

Por eso el rostro del comerciante adquirió expresión de rabia, y el de Jorge se iluminó por la alegría al cerrar el trato.

—¿Y le convendría á V. pintar otro que hiciera juego con este? — (interrogó el comprador luego que pagó los quinientos francos.

—Con mucho gusto, señor. ¡Es mi oficio!

—Pues bien: entonces espero que me lo envíe, ó mejor, y para causarme mayor placer, que me lo lleve V. mismo á mi casa. Me llamo Pedro de Morlain, y vivo en la calle de Villiers, núm.***

Dos meses después, Jorge tenía su obra terminada, se dirigió con ella en busca del que se la encargara, quedó admirado al ver el recibimiento de que fué objeto por parte del dueño de la casa, y al manifestarle su gratitud, le oyó decir sonriendo:

—Es que ahora le conozco á V. Cometí la indiscreción de tomar informes sobre su conducta, y supe la opinión que merece como artista, como hombre y como hermano, ó, mejor aún, como padre de familia.

Y con una galantería exquisita, con suma delicadeza y creciente admiración de Jorge, prosiguió:

—Según mis noticias, sus estudios de V. están muy adelantados, pero no son todavía completos. Esto dice el señor Gerome, mi amigo, que le tiene á V. por uno de sus discípulos más aprovechados. Á su juicio, el trabajo que hace V. fuera del estudio para vivir y pagar el colegio de su hermanita le cansan, y, francamente, le envician, acostumbrándole á trabajar de prisa y corriendo.

—Harto lo sé (repuso Jorge suspirando). Y no sabe V. cuánto me apena. Pero,